

## ¿MARTZISMO PARA CENTROAMÉRICA?

VÍCTOR L. URQUIDI,  
*del Colegio Nacional*

Para quien no conozca Centroamérica, cuesta trabajo imaginar el sentido peculiar de frustración que la geografía impone a sus habitantes. No sólo la geografía física, que parte en tantos pedazos aislados el ya pequeño y estrecho istmo centroamericano, sino la política que, a ciento cincuenta años de independencia, ha creado grandes sentimientos nacionales en territorios de muy escasa dimensión. Con cuánta razón exclamaba en 1955 un pasajero anónimo en un autobús de la línea San Salvador-Guatemala: "¡Es que estos países son inmensamente pequeños!" Se quejaba de las constantes reclamaciones de unos gobiernos a otros sobre una diversidad de asuntos políticos y económicos, de la pobreza y miseria de los pueblos, de la desunión entre ellos y del gasto superfluo que, según él, suponía para Centroamérica mantener cinco embajadores en cada país extranjero.

Poseen, en efecto, las repúblicas centroamericanas, todas las características de los hermanos mayores de América Latina, pero comprimidas en espacios que, en ningún caso, pasan de 150,000 kilómetros cuadrados. Dadas su estructura económica y su dinámica demográfica (cercana al 3.5 % anual de incremento), los 10 millones de centroamericanos no se encuentran en situación privilegiada. Las posibilidades prácticas de la cooperación entre ellos para acometer sus problemas de desarrollo económico como si fueran un solo estado se esfuman, además, con mucha frecuencia, por la notoria falta de evolución política de cada país (con la posible excepción de Costa Rica, pero cuyo aislamiento es tradicional).

El atraso político y el económico de Centroamérica se relacionan entre sí. Así lo reconoce el autor norteamericano de un libro reciente en que se describen bastante prolijamente los acontecimientos de los últimos años.<sup>1</sup> Pero el señor Martz, que trata de interesar a sus compatriotas en la situación crítica en que, a su juicio, se encuentran hoy día las cinco ex-provincias unidas (a las que, con lógica geográfica y económica, pero no histórica, agrega a Panamá), olvida aquella interrelación, o, al

<sup>1</sup> MARTZ, John D.: *Central America —the Crisis and the Challenge*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1959, ix + 353 pp.

menos, la interpreta de una manera peligrosa, al considerar el remedio a los problemas centroamericanos. Profundamente afectado por las condiciones de vida de estos pueblos, y escéptico al extremo de que exista entre ellos un deseo apasionado de democracia, el autor recomienda que primero se resuelva la cuestión del atraso económico y se deje para después la del progreso político. ¿De qué manera? ¡Dando lugar a gobiernos "absolutistas", dejando que gobiernen "hombres fuertes", estableciendo dictaduras "competentemente administradas", permitiendo que a los pueblos se les prive de la libertad mientras se alivian el hambre y la miseria seculares! Un sistema democrático, afirma el señor Martz, no garantizaría la solución de las necesidades económicas. (Sobre esto, véanse en especial las páginas 19 a 22.)

Aparte de la repugnancia que muchas personas puedan sentir por esta teoría de la evolución política y social, es de notar que el autor se contradice implícitamente al considerar en su último capítulo la situación de Estados Unidos frente a Centroamérica. Si él siente admiración abierta por los tiranos y los hombres fuertes de Centroamérica, y los ve como la única forma viable de lograr el progreso económico, critica, en cambio, la política norteamericana de apoyo a dichos personajes, a la vez que pide una mayor ayuda económica, pero a la usanza de los tiempos de la política de Buena Vecindad. Como también rompe una lanza por la política de no intervención, ¿no habrá el peligro de que el apoyo económico de Estados Unidos sea usado por las "dictaduras competentes" en forma que haga pensar que el apoyo es *político* y que la democracia no progresa por culpa del gobierno norteamericano? Se pregunta uno si en verdad el señor Martz no se habrá enredado en su propia tela de araña. No obstante haber empezado sus estudios sobre Centroamérica en 1954 y haber recorrido, según afirma, la región dos veces en automóvil, ¿habrá comprendido el autor la realidad de esos países y sabido orientar, en consecuencia, a la preocupada opinión pública norteamericana?

La poca confianza que al autor le merecen los movimientos políticos centroamericanos de tendencia democrática resalta a lo largo del libro, no sólo en su primer capítulo, en donde expresa sus conclusiones, sino en los dedicados a describir los acontecimientos de cada país. Cuando no presenta el problema político en términos de dictadura personalista *vs.* comunismo, sin otra solución posible, se las arregla para exponer la supuesta ineficacia de los grupos democráticos progresistas cuando han estado en el poder; y en todo caso, poco o nada dice de agrupaciones, partidos o personas que luchan por dar

dignidad a la vida política centroamericana, y que son quienes necesitan más estímulo y apoyo de la opinión extranjera. Martz pasa sobre los acontecimientos con velocidad periodística —y no pocas veces con la consiguiente falta de veracidad—, y no logra profundizar, no alcanza a explicar el por qué de las situaciones. Tal vez los casos más notorios son su incapacidad para comprender el difícil equilibrio de fuerzas que representa el régimen político salvadoreño y para valorar la significación moral duradera del movimiento figuerista en Costa Rica. En cambio, su relato de la organización del movimiento obrero hondureño en 1954 se encuadra bien en los antecedentes de la United Fruit Company y en la influencia de ésta en los regímenes anteriores. La responsabilidad de esta empresa en los destinos de Centroamérica queda, en general, bien al descubierto.

La superficialidad con que el autor vincula el éxito económico a la presencia de gobiernos autoritarios o de gobernantes enemigos o temerosos de las libertades democráticas, se debe en buena parte a la increíble incompetencia con que maneja los conceptos económicos y financieros. Atribuye el adelanto económico de algunos años o periodos a la “estabilidad” política (por ejemplo, en Nicaragua), a la firme mano del dictador (Guatemala bajo Castillo Armas); lo cierto es que con los precios del café y del algodón de que disfrutó Centroamérica hasta hace dos años, o con empréstitos y ayudas como los que recibió Guatemala, el progreso económico, en sus manifestaciones externas, es inevitable y no habría que atribuirlo a los regímenes políticos. Lo que el autor debería haberse preguntado es hasta qué punto la mejoría económica llegó a las masas y en qué medida podía haberse logrado mucho más, mientras duraron los altos precios de los productos de exportación, si no se hubieran distraído tantos recursos en adquirir aviones de combate o si las familias exportadoras se hubieran dejado gravar sus ganancias de manera más justa para el beneficio colectivo. El número de inexactitudes de datos económicos, errores de concepto y de terminología y enredos de información que se encuentran a lo largo del libro es tan grande —y a veces son tan burdos—, que no sería posible detallarlos en un comentario como éste; demuestra, por lo menos, que no basta preocuparse por el hambre de los pueblos, sino que hay que tener un mínimo de comprensión técnica de los fenómenos económicos para escribir sobre éstos y, sobre todo, relacionarlos con los políticos. Pero en todo esto, el autor se deja, además, llevar por prejuicios. Así resulta, por ejemplo, que la política de expansión algodonera de Nicaragua, que sólo fa-

voreció especulativamente a un reducido número de personas, es juzgada por Martz como un gran éxito; mientras que la política económica del gobierno del presidente Figueres entre 1953 y 1957, que destinó el máximo de recursos al fortalecimiento de las bases del futuro desarrollo económico del país, es tratada a la ligera y considerada como fracaso.

A pesar de todo, el libro de Martz tiene mérito, siquiera sea porque es uno de los poquísimos intentos de relatar al público norteamericano qué es lo que ha pasado en Centroamérica y por qué allí, como en otras partes, hay mala voluntad hacia Estados Unidos (véase su capítulo 8). Desde el punto de vista de su país, el autor desea que se comprendan los problemas centroamericanos y que cambien radicalmente la actitud y la política norteamericanas hacia el Istmo; a su vez, pide más responsabilidad a los centroamericanos en su trato con Estados Unidos. Si no se acometen, dentro de la región y por parte de Estados Unidos, programas de largo alcance que permitan mejorar la situación social y la económica, el autor teme el advenimiento inevitable de un desastre mayúsculo. Pero su propio "martzismo", ¿no conducirá a lo mismo? Indudablemente que hay otros caminos. Al señor Martz no se le ha ocurrido que el progreso hacia una democracia representativa—que en Centroamérica, como en todas partes, es y será siempre una lucha ardua y constante— pueda ser el camino más corto hacia el mejoramiento social y económico perdurable de los pueblos.

## UNA HISTORIA DIPLOMÁTICA MEXICANA

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO,  
*del Colegio Nacional*

El iv tomo de los *Apuntes para la historia del derecho en México*, de don Toribio Esquivel Obregón, consagrado a las "Relaciones Internacionales", fue el primer ensayo sistemático, hasta donde yo sé, de una historia diplomática general de la nación mexicana. Desgraciadamente, la vida no le dio tiempo al inolvidable maestro de llegar más allá de la época de Juárez, si no recuerdo mal. De la República Restaurada para acá quedaba todo por hacer (digo, una vez más, de manera general y sistemática); por lo cual, y amén de sus méritos intrínsecos, viene ahora a llenar un vacío que urgía colmar este nuevo